

Esperanza ante la muerte: Alumno (4/14)

Dr. Justo L. González



Marcos 5
Lecciones Cristianas
22 de marzo

Esperanza ante la muerte (alumnos)

4 de 14

Texto impreso: Marcos 5:21-43 (RVR 1960)

Propósito de la lección

En la lección de hoy estudiaremos el episodio, bastante conocido, de la hija de Jairo. Lo veremos como señal del poder de Jesús sobre la muerte, y por tanto como señal del modo en que en él podemos vencer a todos los enemigos, incluso la muerte misma.

Nuestro propósito será fortalecer nuestra fe y confianza como preparación para enfrentarnos a las dificultades que la vida necesariamente acarrea, y en última instancia, a la muerte.

Examen de la Escritura

El pasaje es conocido, pues se encuentra en los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas). En todos ellos, se interrumpe con la historia de la mujer que tenía flujo de sangre y que sanó al tocar el manto de Jesús.

Jairo era “uno de los principales de la sinagoga” (v. 22) —aparentemente de la sinagoga de Capernaum, pues Jesús acababa de regresar de la región de Decápolis “a la otra orilla” (v. 21). Es interesante que, aunque Jesús había estado repetidamente en la sinagoga, no se menciona a Jairo hasta este momento en que sufre una necesidad urgente. Fue entonces que vino a ver a

Jesús desesperado, pues su hija estaba a punto de morir. Jesús interrumpió lo que estaba haciendo, y salió con Jairo a casa de él, junto a una multitud que le seguía y le apretaba.

En el camino ocurrió el episodio de la mujer con flujo de sangre, que no se encuentra en el texto impreso. Recuerde que en ese episodio la multitud que aprieta a Jesús juega un papel, pues es a través de ella que la mujer se abre paso para tocar el manto de Jesús, y es a pesar de que tantos le aprietan que Jesús percibe el toque especial de la mujer.

Fue al terminar ese episodio que llegaron mensajeros de casa de Jairo para decirle que ya no tenía por qué pedirle a Jesús que sanara a su hija, pues ésta había muerto. Jesús empero le dijo que no temiera, sino que solamente creyera, y Jesús, Jairo, Pedro, Jacobo y Juan siguieron camino a casa de Jairo, pues Jesús no permitió que la multitud les siguiese. (Es interesante notar que, mientras la niña no había muerto y se trataba de un milagro más, Jesús no objetó a que la multitud le siguiese; pero cuando se trataba de una niña muerta, y de su adolorido padre, Jesús despidió a la multitud, y fue solo con el padre y con tres de sus discípulos.)

Al llegar a casa de Jairo había otra multitud lamentando la muerte de la niña. Jesús les dijo que no había muerto, y se burlaron de él. Pero Jesús les mandó echar fuera y él, junto a los tres discípulos que le acompañaban y los padres de la niña, entraron a donde yacía el cuerpo.

Jesús le ordenó a la niña, en arameo, que se levantara: “Talita cumi”, y en respuesta a esa orden

la niña no sólo se levantó, sino que comenzó a andar (vv. 41-42).

Aplicación de la lección

Poco a poco el poder de Jesús se ha ido manifestando según ha ido progresando nuestra lectura de Marcos. Ahora llegamos a uno de los puntos culminantes de esas demostraciones de poder. Ya no se trata de sanar a un loco, a un leproso o a un paralítico, sino de resucitar a una muerta. Este es un poder sorprendente, y por tanto no ha de extrañarnos el que quienes lo vieron “se espantaron grandemente” (v.42).

Pero, ¿qué nos dice esto a nosotros hoy? Ciertamente, aparte de algunos aparentes milagros de la ciencia moderna, no vemos hoy que las personas muertas resucitan—y aun esos milagros son factibles solamente unos instantes después de la muerte, antes que el cerebro y otros órganos vitales comiencen a deteriorarse. Además, la niña a quien Jesús resucitó, al igual que Lázaro, cuya resurrección se cuenta en el Evangelio de Juan, a la postre tuvo que volver a morir.

Lo que esto nos dice es que Jesús es Señor, no solamente de la vida, sino también de la muerte—no en el sentido de que sea él quien acarrea la muerte, sino en el sentido de que en última instancia hasta la muerte tendrá que supeditarse a él. Esto lo vemos primero en las resurrecciones de la hija de Jairo y de Lázaro, después en la resurrección del propio Jesús, y por último en nuestra propia resurrección. Note, sin embargo, que hay cierto progreso de uno a otro de estos puntos. La resurrección de la niña, y la de Lázaro, no fueron sino señales de la

promesa futura, y por ello tanto la niña como Lázaro tuvieron que volver a morir. La resurrección de Jesús es el inicio de una nueva era, pues Jesús no vuelve a morir, sino que vive todavía—y continuará viviendo hasta el día final y aun después. La nuestra vendrá al fin de los tiempos, cuando la victoria de Jesús sobre la muerte se hará efectiva para quienes le siguen y reclaman para sí el poder de Jesús.

Ahora bien, si creemos esto, ello nos llevará a una actitud ante la vida y la muerte diferente a la del resto de las personas. Es por eso que Jesús les dice a quienes lloran la muerte de la niña que “no está muerta, sino duerme” (v.39). Esto no quiere decir que se hubieran equivocado, y que la niña en realidad estaba en una especie de sopor. Lo que quiere decir es más bien que toda muerte es como un dormir en espera de la resurrección final. (Es por eso que en 1 Co. 15:18 y 20 Pablo se refiere a los muertos como quienes “durmieron”.) Para quienes creen en Jesús, entonces, la muerte no es motivo de duelo como si fuera una derrota final. Sí es causa de dolor, pues nos separa de los seres queridos. Pero no es para desesperarse ni para pensar que la última palabra la tiene la muerte.

Jesús es Señor de la vida y de la muerte; pero de dos modos distintos. Jesús es Señor de la muerte en el sentido de que es vencedor de ella, y que la muerte no se enseñoreará de él ni de quienes son de él. Pero es Señor de la vida en un sentido mucho más amplio. Es Señor de la vida, porque su propósito es vida, porque vino para que tuviésemos vida en abundancia (Jn. 10:10), porque todo lo que está a favor de la vida está a favor de él, y todo lo que está a favor de

la muerte está en contra suya.

La resurrección de la hija de Jairo nos muestra dos cosas: que quienes creemos en Jesús también hemos de vivir, y que como seguidores suyos hemos de afirmar la vida y oponernos a la muerte.

Oración

Gracias, Señor, porque nos has dado vida y porque has venido para que la tengamos en abundancia. Gracias por tu victoria sobre la muerte, que es también la nuestra. Enséñanos a vivir como vencedores de la muerte, afirmando la vida y su abundancia. Amén.

